

MORUENA
ESTRÍNGANA

Caricias
EN PAUSA

MORUENA
ESTRÍNGANA

Caricias
EN PAUSA



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2024



Ediciones Kiwi

Primera edición, noviembre 2024

ISBN: 978-84-19939-63-0

Depósito Legal: CS 770-2024

© del texto, Moruena Estríngana

© de la cubierta, Borja Puig

© de la foto de cubierta, shutterstock

Corrección, Mercedes Pacheco

Código THEMA: FR

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.

www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

NOTA DE LA AUTORA

Estás ante una novela Dark Romance suave. Aun así, hay comportamientos tóxicos y momentos oscuros entre los protagonistas. Si buscas al chico bueno cero toxicidades, este no es tu libro. Mejor que no lo leas, porque Troy es un capullo.

No habla de muertes desagradables ni de enfermedades graves. Los momentos oscuros giran más en torno a aficiones cuestionables, como el boxeo ilegal, carreras ilegales... Habla sobre drogas y alcohol. El sexo es explícito y hay bastantes escenas sexuales ardientes, muy bien descritas, que te harán arder. A ambos les gusta el sexo duro, subido de tono.

Disfruta de esta historia y ama a los protagonistas, mientras están perdidos en su propia oscuridad.

*Dedicado a todas las personas que se han perdido en su mente
y no saben cómo encontrar la paz y la luz.
A todos los que un día necesitaron dejar su vida en pausa,
para recordar cómo era respirar.*

«Esperar que la vida te trate bien por ser buena persona, es como esperar que un tigre no te ataque por ser tú vegetariano».

Bruce Lee

PRÓLOGO

Troy Harris se quedó paralizado en medio del escenario. No era capaz de cantar nada. El estadio gritaba su nombre, pero era incapaz de emitir palabra alguna. Solo quería irse y esconderse en uno de sus clubes favoritos.

El cantante del grupo Escarlata no era capaz de hacer nada.

Tiró la guitarra de mala forma y empezó a andar hacia su camerino.

La gente le molestaba. No era capaz de enfocar bien. No fue capaz de llegar.

Al final, acabó en el suelo desmayado.



—No puedes dejar el grupo —le dijo su agente—, pero el psicólogo ha dicho que tal vez es bueno que recuperes tu vida. Que seas un chico normal, hasta que estés mejor y retomemos una nueva gira. Tal vez sea bueno, ya que llevamos años explotando el grupo, y así, cuando volvamos, será por todo lo alto.

Troy Harris miraba a su agente, sabiendo que, si hacía esto, era por dinero. Sabía que su salud le importaba una mierda.

No dijo nada. Era incapaz de hablar con nadie. Se había metido en su mundo hace años.

Vida normal...

Como si eso pudiera ser posible, para alguien como él, que era reconocido mundialmente.

Aceptó, solo porque no tenía más remedio, por contrato, pero, en el fondo, sabía que no saldría bien. Él nunca fue un niño normal y corriente, como los demás. Era imposible que su vida fuera a ser diferente ahora.

Sobre todo, cuando sentía que su oscuridad lo estaba engullendo, hasta que no quedara nada de luz.

Aquello solo podía acabar en desastre...

A ver si con suerte acababa destruido en el proceso y dejaba de sufrir, al fin.

CAPÍTULO 1

EN ALGUNA PARTE DE LOS EE. UU.

K E L S I

Dejo mis cosas en mi nuevo cuarto, de la residencia de estudiantes, que está cerca de la universidad.

He soñado muchas veces con este momento. Sobre todo, antes de lo que me pasó. En todos mis sueños, pensaba en cómo decorarlo; cómo llenarlo de luz, si no fuera muy luminoso. Tenía ideas, notas, y una vida planificada al dedillo.

Mi padre me ayudó con sus ideas, porque estudió aquí, pero ahora lo miro y me dan igual las paredes feas, y el suelo de madera poco pulido. Es como si no fuera capaz de ver más allá de todo esto, y crear algo diferente. Es como si pensar en cosas alegres, me costara un mundo.

Noto cómo se me aceleran los latidos de mi pecho, por mi intento de ser quien fui. Es algo inútil, porque esa parte de mí se perdió entre cientos de lágrimas, que ojalá nunca hubiera tenido que derramar.

Mi padre me llama, como si oliera que acabo de llegar.

—¿Has puesto cámaras? —Se ríe.

Por él, siempre intento hacer como que todo está bien. Por él, haría cualquier cosa.

—No, pero he calculado más o menos lo que tardabas en llegar, desde la estación de autobuses ...

—Tienes que empezar a vivir tu vida, sin estar pendiente de mí a todas horas —le regaño, y espero que lo haga.

Necesito dejar de fingir que estoy mejor, cuando por dentro me siento tan rota. Necesito dejar de sentir esa necesidad, casi insana, de ser la hija buena por él. No sé cómo hacerlo desde lo que pasó, y forzarme solo me causa ansiedad.

Lo quiero, mi padre es el mejor del mundo, pero solo nos tenemos el uno al otro, y, desde que me ingresaron de pequeña, por una gastroenteritis sin importancia, mi padre se volcó todavía más en mí.

Aquello le causó depresión y ansiedad, porque no era capaz de vivir pensando en que podía sucederme algo.

Yo, por no causarle más problemas, y porque en el barrio dejaran de meterse con él, por ser padre soltero, siempre he vivido la vida pensando en qué haría él, y no en qué deseaba hacer yo.

Para mí, equivocarse era un pecado.

Tenía que vivir, sin darle un solo problema, hasta que todo pasó y la chica buena quiso ser mala.

Joder, quiero gritar. Quiero dejar de ser la niña perfecta, porque no lo soy, y si está a todas horas encima, no podré, porque lo quiero hasta el punto de fingir que estoy mejor, aunque es mentira.

No sé qué queda de mí ahora.

Soy incapaz de seguir mi vida, como si nada. Mi alma grita emociones fuertes, que matarán a mi padre, si se entera.

Un lado de mí quiere revelarse, gritar, vivir... Desea dejar de sentir que debo ser perfecta, pero otro teme que lo defraude, y que haga algo que lo mate del susto.

Todo era más fácil, cuando mi vida era tan perfecta, que solo debía dejarme llevar, pero, cuando algo se rompe, es imposible que los trozos se junten y formen la misma pieza. Ya no soy la chica sin taras. Ahora soy alguien llena de espacios vacíos, por donde se escapa una mujer que no sé quién es.

Me siento perdida...

—Lo sé, pero quería saber cómo estabas. —Noto la ansiedad en su voz, y los pelos de la nuca se me alteran.

Le estoy fallando.

—Bien, estoy bien —miento, porque quiero que se relaje y me dé espacio.

Necesito espacio para respirar...

—Vale. Si necesitas algo, me llamas. Envíame fotos de todo.

Cuelgo y mando fotos al grupo, donde está mi padre, mi tía y mis dos primos.

Mi tía se divorció hace dos años, y mi tío fue expulsado del grupo. No tengo contacto con él, desde entonces. No es que antes se dejara ver mucho, pero ahora todavía menos. Casi no se acuerda de que tiene dos hijos, mientras está más preocupado por recuperar su adolescencia a los cuarenta.

Mi padre me tuvo por su cuenta. Tenía treinta años, no conseguía relaciones estables y quería ser padre a toda costa.

Una noche se emborrachó y contó todo su plan a una camarera. Ella quería dinero, él un hijo y sí, ella se ofreció a darle un hijo, a cambio de mucho dinero.

Cuando me tuvo, ella renunció a mí y nunca he sabido de ella.

Es raro, pero yo siempre lo he visto como algo normal. Uno quería un hijo, otra no, y solo buscaba el dinero. Para quedarse en mi vida y ser una madre de mierda, mejor dejar a mi padre ser el mejor del mundo.

No todo el mundo está preparado para cuidar de otra persona.

A veces es mejor no estar, que estar a medias en la vida de una persona, que espera serlo todo para ti.

Yo, por mi parte, no quiero saber nada de ella. Ni la voy a buscar nunca. No necesito saber nada de ella. Es algo que tengo muy claro desde niña.

Pero ser padre soltero, no siempre ha sido fácil para él. Mucha gente lo ha criticado o han tratado de llevarlo a su terreno. Por eso, yo siempre quise ser la hija perfecta, para que nadie pusiera una sola tara a la educación de mi progenitor.

Si yo no daba problemas, él no tenía problemas. Pero, cuando todo pasó, sacaron a relucir que yo era así, porque mi padre nunca había estado a la altura.

No me termino de perdonar, por darle tantos problemas a un hombre que solo ha querido siempre lo mejor para mí. Por eso, a su lado, intento fingir que todo está perfecto, mientras por dentro me estoy muriendo.

Mi padre me responde enseguida a la foto y mis primos dicen que el cuarto es una mierda. Son mellizos y tienen trece años, y todo les parece horrible ahora.

Les saco la lengua y guardo el móvil.

La verdad es que la habitación es oscura y huele a humedad. No sé si tengo fuerzas para darle un giro.

Saco mis cosas.

Por suerte, este cuarto es para mí sola. Mi padre estudió aquí y tenía contactos, y pidió que no tuviera compañeros. Desde hace unos meses, me cuesta estar cerca de la gente. En esta planta, solo hay dos habitaciones, y la otra está frente a mi puerta, separada por un pasillo de unos dos metros.

Espero que no se meta en mi vida, y yo no lo haré en la de ella. Eso lo tengo claro.

A ver ahora cómo empiezo a estudiar, rodeada de gente..., mientras nadie me reconozca, todo irá bien.

Mi padre tiene claro que nadie me va a reconocer, pero, cuando te pasa algo donde las redes forman parte, te aterra que no solo la gente de tu entorno lo viera. Yo no pedí ser famosa en mi ciudad. No pedí nada de eso. No pedí ser señalada, humillada y criticada. No pedí que nadie rompiera mi burbuja, en la que era feliz.

Tampoco pedí un ex de mierda..., pero lo tengo. Y lo odio.

Busco mis cascos y me los pongo, antes de salir de mi habitación.

Camino sin mirar a la gente. No siempre fui así. Antes era una chica dulce, divertida, y amante de la vida. Pero todo cambió, y no sé cómo volver a ser así. Es como si, cuando algo se rompe por completo, solo fueras pedazos de la misma historia, con un regusto amargo que nunca estuvo ahí.

Ando hasta la cafetería y pido algo para comer.

A mi lado se pone un chico e invade mi espacio vital. Mi respiración se agita mientras me aparto.

La gente puede pensar que me violaron, que sufrí golpes, maltrato... ¿Cómo explicar que todo mi daño es porque me rompieron mentalmente? Las heridas mentales no se ven. No se entienden, y no se comprenden.

Tú puedes hacer el esfuerzo de estar bien...

Vamos, sé cómo antes..

Antes no eras así.

Como si no lo supiera. Odio que me digan eso, como si arreglar una mente rota fuera lo más fácil del mundo, porque lo que no se ve, no existe para los demás.

Alzo la mirada al espejo y una chica de ojos azules, apagados,

me la devuelve. Antes, mi mirada no parecía una oscura tormenta. Se parecía más a un amanecer, cuando el azul del cielo empieza a ser cada vez más intenso.

El pelo rubio oscuro lo llevo en una coleta. Sigue largo, pero ya no lo dejo suelto. No me apetece.

Tomo aire, cojo mi comida y me marcho, deseando no ser más que una sombra que no deja huella en nadie, y que pasa desapercibida la mayoría del tiempo.

—No me puedo creer que el gran Troy Harris vaya a estudiar en nuestra universidad. —Escucho una conversación que me llama la atención.

«Troy Harris... No puede ser...».

He sido *fan* de Troy, desde que empezó a tocar con el grupo, pero nunca he podido ir a uno de sus conciertos, porque las entradas se acababan en segundos, y porque las de reventa se ponen luego por las nubes.

Me sé todo lo que se ha publicado de él al dedillo. Así, como todo lo que se refiere a sus aficiones y a la fiesta. Se rumorea que Troy, cuando baja del escenario, suele abusar del descontrol. ¿Me importaba? No, me daba igual, porque eso solo lo hacía más sexi, y peligroso.

Para alguien que siempre quería ser buena, era su toque de rebeldía.

Pero entonces pasó lo que pasó, y estaba escuchando su música... Sus canciones me empezaron a recordar a ese momento y las repudié. Su música ya no me gustaba. No me calmaba. Hace meses que guardé todas sus cosas en una caja, para ponerla en el altillo.

Troy Harris es el hombre más sexi que he visto en mi vida. Esa mirada, verde azulada, promete pecado. Promete oscuridad, si lo

tocas, y, joder, yo quería tocarlo, consumirme con sus sombras... Quería curarlo como si, por arte de magia, mi luz pudiera dar paz a su alma.

Ahora suena patético lo que pensaba.

Tiene muchas fotos, donde se ve su torso desnudo y la goma del bóxer. Lo han pillado saliendo de fiestas a altas horas y a algún que otro concierto ha ido con una herida en la cara, de haberse metido en una pelea.

Su voz, cuando canta, es ronca y sensual; de esas que te hace desear cosas prohibidas, cuando lo escuchas.

Admito que, mi primer orgasmo, fue tras verlo en un videoclip, donde salía medio desnudo, sudado y agitado, como si acabara de follar. Me sentía tan alterada, que mis manos fueron hasta el interior de mis muslos y froté mi clítoris, hasta que me corrí con su imagen, pausada en el ordenador.

Siempre ha sido mi mayor fantasía sexual. Esa inconfesable, esa que te da miedo dar voz, porque las chicas buenas no se tocan por la noche... Ni sueñan con sexo guarro y morboso.

Sea como sea, esa vida pasó, y ahora, al parecer, lo voy a ver paseando por mi universidad. Es como si la vida no dejara de recordarme cómo quieren que sea, en vez de dejarme en paz con quien soy.

Si nada de lo que sucedió, hubiera pasado, ahora estaría como las personas que hablan emocionadas, por la llegada de Troy Harris. Con seguridad, hasta me uniría a ellas, porque me encantaba hablar de cualquier tema, y ahora estaríamos chillando como locas.

Pero ahora solo quiero largarme de aquí cuanto antes y dejar de verme en ellas reflejadas.

Mi exnovio siempre estaba celoso por mi obsesión con Troy, y eso que ignoraba que, cuando me tocaba por las noches, pensaba

más en Troy Harris que en él. Al menos, hasta que se lo confesé, y no se lo tomó muy bien.

No le gustaba cómo lo miraba cuando cantaba.

En realidad, yo no sé cómo lo miraba. A mí me gustaba verlo cantar y siempre me entristecía saber que solo con la música era capaz de expresarse.

No saben qué le pasó, para que dejara de hablar en público.

Empezó con el grupo con solo catorce años, y ahora tiene veintidós. Lleva ocho años tocando en el grupo, hasta que hace unos meses, se quedó callado en el escenario y, desde entonces, no se ha sabido nada de él.

Hasta ahora, al parecer.

Yo, para ese entonces, ya no lo seguía. Estaba perdida en mi mundo, pero me enteré de todo. Lo vi en una imagen y me sentí identificada, como si entendiera el dolor de su alma.

Su música dejó de sonar para todos. Incluso para mí.

Troy Harris es rubio, de grandes ojos aguamarina, y es ese chico con el que sueñas cuando te acuestas, con el primer borracho de una discoteca. O cuando una noche de calor, quieres darte placer.

Troy es toda una fantasía sexual. Su voz, su música, su cuerpo..., pero, para mí, dejó de serlo. Que esté aquí, solo es un contratiempo porque, si estoy a su lado, puede que alguien me reconozca de las redes.

Espero que no, ya que todo fue eliminado...

Paseo por el campus de la universidad y hay varios puestos para que te apuntes en las diferentes actividades que ofertan.

Me llama la atención el de pódcast, porque voy a estudiar Imagen y Sonido.

Mi padre tiene una empresa de fotos y vídeos de bodas, y otros eventos. Quiero ayudarlo, haciendo una mejor realización.

También hace montajes de radio con pódcast, de esos eventos, para que la gente que se va a casar cuente a sus amigos cómo se sienten en los días anteriores, y a veces van los amigos y familiares para sorprender a los anfitriones.

Me he pasado el verano con la mesa de mezclas, y luego montando todo para la web de mi padre, donde lo sube. Por eso, me apunto sin pensarlo mucho, y para que mi padre vea que intento hacer vida social.

Tal vez, así no esté tan encima de mí...

—Oh..., qué bien. Me llamo Betty —me dice la chica que lleva las inscripciones, y me tiende la mano. Es morena, con unas gafas de pasta muy chulas decoradas con brillos.

Miro su mano y le doy la mía, mientras la música suena. No está tan fuerte, como para no escuchar mi alrededor.

—Kelsi.

—Me encanta tu nombre. Ojalá se apunte mucha gente. —Sonríe, y miro que el resto de los puestos están llenos de gente interesada.

—Claro.

Subo el volumen de mis cascos y ando hasta otro lugar.

Voy tan perdida en mi mundo, que no soy consciente de quién tengo delante, hasta que chocamos el uno con el otro.

Alzo la mirada y me quedo de piedra.

Es Troy Harris.

Mi yo de doce años, chilla como una loca, por ver por primera vez a su cantante favorito, pero deja de hacerlo, cuando nota que algo no va como debería.

Joder..., en persona es mucho más impresionante.

Mi corazón da un vuelco involuntario, que no puedo controlar.

Entonces, me fijo en sus ojos y noto un escalofrío recorrerme.

Su oscuridad es mayor de lo que siempre supuse. Troy es mucho más peligroso de lo que la gente afirma. Mucho más.

Y lo peor es que, cuando lo miro, siento que nos parecemos más de lo que siempre creí. Veo algo en sus ojos, en los que me siento reflejada.

T R O Y

Casi me choco con una joven de grandes ojos azules.

Me detengo, mientras ella me reconoce.

Espero que grite o se ponga tonta, como el resto de las mujeres con las que me he cruzado. Este primer día está siendo horrible, y no sé en qué momento creyeron que eso de hacer vida normal me ayudaría con mis putos problemas.

Yo no soy un chico normal.

No hace nada. Solo me mira, con ese algo que me parece identificar.

Hay algo en ella que la hace diferente al resto. Tal vez, porque me observa sin emoción, del mismo modo que yo lo hago con ella.

Tomo aire, pero veo que, tras ajustarse los cascos, se marcha como si nada.

Raro, pero un alivio, la verdad.

Me giro, para mirarla involuntariamente y la veo alejarse entre la gente, como si deseara ser invisible.

Aparto la mirada, cuando me doy cuenta de lo que hago. Solo es una joven más, jodidamente sexi. Con cara de niña, de no haber roto un plato. Dulce y preciosa.

Justamente, las mujeres de las que huyo.

Por eso, no comprendo por qué me giré para mirarla mejor.

Quizás, solo fue por la oscuridad de sus ojos azules. Vi algo en ella, que me recordó a mí.

Por suerte, no nos volveremos a encontrar.

Me dirijo hasta donde están los puestos de actividades para apuntarse.

Mi psicólogo cree que es bueno integrarme en actividades, de fuera de la carrera. Iba a estudiar Música, pero, por joder, me apunté a Imagen y Sonido.

Por joder, y porque, desde hace meses, soy incapaz de tocar nada. Aunque sé que pronto volveré a hacerlo. Necesito sacar todo lo que siento y, desde hace años, la música es la única que entiende el caos de mi mente.

Siempre he ayudado con las luces y el sonido, y por eso es algo que se me da bien. Además, será fácil, mientras recupero mi vida, tras este experimento de mierda.

Veo cómo todos los estands están llenos, menos uno de pódcast, que no tiene a nadie.

Voy hasta él y me apunto.

La chica empieza a tartamudear, y una grita tras de mí.

La paz se termina, y los de seguridad se acercan para controlar.

Voy hasta mi cuarto, en la residencia, con mis dos guardaespaldas cerca, y solo cuando ven que todo está controlado, se marchan.

Tomo aire, cuando me quedo solo, y me tiro en la cama para desaparecer.

Esperan que pueda seguir tocando como si nada, pero no sé si un día seré capaz de seguir tocando, olvidando cada una de mis putas taras.

Cuando alguien roto finge que todo está perfecto, al final la vida le recuerda que no es más que cientos de pedazos, sujetos con pinzas, a la espera de destruir su castillo de naipes.

Pero aquí estoy, porque, en el fondo, espero recuperar mi vida.
Aunque la odie...

Y esta puta habitación necesita un arreglo.

Saco el móvil y empiezo a pedir cosas, para dar a este lugar cochambroso un nuevo toque. Si tengo que estar aquí, será a mi gusto.

Pero, mientras tanto, no pienso quedarme quieto. Necesito emociones fuertes...

CAPÍTULO 2

K E L S I

Salgo de mi habitación tras una noche pésima y veo a dos hombres que parecen armarios, vestidos todo de negro, justo enfrente. Normalmente, en ese cuarto no hay nadie, pero parece que hoy sí.

La puerta se abre y de esta sale Troy Harris.

Al verme, se pone serio. Es como si mi presencia le molestara.

Como siempre, está espectacular. Es mucho más sexi en persona, con esa mirada seria y sus ojos tan intensos. El verde y el azul danzan en un baile perfecto, y su cuerpo es de esos fibrosos y perfectos que te hacen babear.

Por suerte, a mí ya no.

Mi lado adolescente grita de nuevo, por tantas horas escuchando su música o perdida en sus vídeos. Me sabía cada gesto, sabía leer perfectamente sus emociones... Escucharlo y ver sus vídeos me daba paz. Como si ese chico rebelde pudiera ser todo lo que yo soñaba, y no estaba sujeto a nada por miedo a defraudar a mi padre.

Pero mi lado adulto está tan roto, que no es capaz de disfrutar de esto.

Lo miro a los ojos. Veo su seriedad y algo más, que me hace saber que Troy no está para admiradoras.

—Tranquilo, no pienso montar un escándalo. Tu música ya no me gusta. —Alza una ceja, pero no dice nada—. Intenta no liarla mucho, odio el ruido.

—Siempre puedes cambiar de cuarto —murmura sin alzar mucho la voz. Nunca lo he escuchado hablar. Solo cantar. Así que, casi es un halago, que me haya dicho esas palabras.

Su voz es sexi a rabiar. Parece el susurro de una guitarra.

—Lo mismo digo.

Voy hasta las escaleras y busco mis cascos.

Si todo esto hubiera pasado hace un año, le hubiera hablado o su voz me hubiera dejado K.O. Con seguridad, habría hablado de algo estúpido, con tal de conversar con él un poco más... Pero ahora no digo nada, o no digo nada con sentido.

Antes era muy habladora. Me gustaba charlar con todo el mundo, hasta que mi vida se truncó y me cuesta mucho, porque no puedo expresar lo que siento. A veces hablaría gritando todo el tiempo, para que parte de la tormenta que siento en mi interior, fuera expulsada.

Estoy bien, es mi mentira favorita desde que todo pasó.

Pienso que, quizás, de tanto repetirlo, un día sea verdad.



—Me ha dicho un pajarito que Troy Harris va a estudiar en tu universidad —eso es lo primero que mi padre me suelta al descolgar su llamada.

Sé que su pajarito es su compañera de trabajo, Vanesa, que está obsesionada con la banda Escarlata.

Lo pone a todas horas, cuando voy a trabajar con ellos. Por eso, supe que Troy se había quedado paralizado. Por eso, y porque no

se hablaba de otra cosa en las redes. Aunque no quería, su vídeo me salía una y otra vez. También los del desfase de después. Fiestas, drogas, mujeres, descontrol... Hasta que hubo un punto que no se supo nada de él. Y, de golpe, aparece en mi universidad.

—Sí, está causando mucho revuelo por aquí.

—Míralo por el lado bueno, su llegada eclipsará todo lo demás —apunta mi padre, y es cierto.

—Pues sí, mientras no seamos amigos, todo irá bien.

—Si surge la ocasión, ¿puedes pedirle un autógrafo? —indica Vanesa sumándose a la conversación.

—Dudo que surja el momento, pero, si puedo, lo haré.

—Y uno para ti, antes te encantaba —me recuerda mi padre.

—Antes... Ya no.

Se hace el silencio. Sé que mi padre sería feliz si volviera su hija anterior. Esa de los besos, los abrazos y las muestras de cariño.

Ahora odio que la gente me toque o me haga muestras de cariño.

—Pediré uno para Vanesa, si tengo la ocasión. Duerme frente a mí.

Vanesa se pone a gritar, y la imagino abrazando a mi padre, emocionada.

Mi padre y Vanesa se conocen desde hace quince años. Son muy amigos. Tan amigos, que siempre he creído que entre los dos habría algo más, pero nunca pasa. A veces pienso que se quieren tanto, que tienen miedo de que el deseo que se cuele en la mirada, lo estropee todo.

Ahora, Vanesa está ahorrando, para ser madre por su cuenta. Es un proceso largo, además de caro. Por lo que sé, le queda parte del dinero, y mi padre ha querido pagarle lo que le falta, pero ella no quiere. Quien mejor la entiende en esto es él, porque quiso tener un hijo e hizo todo lo posible por ello.

Vanesa lleva años esperando el amor sin éxito. Tiene cuarenta años, y está decidida a hacerlo ya.

Ojalá lo consiga.

Los sueños no deberían ser inalcanzables.

Cuando lo son, es como si se rompiera algo en ti y no supieras quién ser sin tus metas.

Los cuelgo y me centro en hacer un reconocimiento de la zona, para saber dónde tengo todo y qué puedo conseguir cerca. Veo de nuevo los stands para las actividades, y la de pódcast sigue sin nadie.

Betty, al verme, me saluda.

Se lo devuelvo, y sigo mi camino, perdida en mi mundo. Esquivo a cada persona con la que me cruzo, y cuando un jugador de fútbol se choca conmigo, me pongo nerviosa.

—Perdón. —Sujeta mi brazo y me aparto de malas formas—. ¡Ha sido sin querer!

Ando hasta la biblioteca y me pierdo en ella, tras inscribirme. Busco un libro que leer y el tiempo deja de doler. Ahora no me importa lo que pase, porque entre las páginas del libro no hay dolor. Mis emociones no son las que existen, y vivo las de otras personas que no llevan mi carga.

Los libros me permiten el placer de, por un momento, dejar de ser solo yo.



Al regresar a mi habitación hay lío en mi planta. Hay muchas mujeres esperando a Troy Harris.

Estoy a punto de llegar a mi puerta, cuando Troy aparece y se vuelven locas.

Me golpean, y me tiran al suelo. Mierda... Agitada, voy hasta mi cuarto y, cuando abro, la mirada de Troy se cruza con la mía.

—Te odio —le digo, sabiendo que no es de verdad, pero ahora mismo estoy tan agitada, que tengo que culpar a alguien y le ha tocado a él.

Cierro la puerta con fuerza, nerviosa, y miro mis manos temblar. Antes no era así. ¿Tan complicado es volver a ser quien fui? Esa chica no tenía miedo. No era consciente de cómo daña la vida. Vivía en los mundos de purpurina y era feliz...

CAPÍTULO 3

K E L S I

Primer día de clase y, por suerte, la novedad de que Troy Harris es mi vecino de planta se ha pasado. La gente de la residencia lo ha visto varias veces y ya no lo persiguen, ni esperan en su puerta. Mejor, porque me estaba poniendo de los nervios, subir a mi habitación y tener que sortear gente.

Por suerte, no lo he visto en varios días.

Las clases van a empezar y me voy a centrar solo en los estudios.

Tengo una meta, un objetivo, un...

Un grito interrumpe mis pensamientos.

¡No me jodas!

Veo a Troy venir directo hacia mí. No me mira, pero sé que viene hacia aquí, mientras el resto de las personas lo tratan de tocar como si fuera un dios.

La verdad es que bien podría pasar por uno..., pero no es el caso.

La cuestión es que viene y se sienta a mi izquierda, en el lado que da la pared. Estoy en la última fila, para huir de la gente. Algo complicado, con él tan cerca.

—¿Podrías irte a otro sitio? —le suelto cuando se sienta. Solo se gira y me mira de esa forma tan fría, dejando claro que no hará

nada—. Capullo... —murmuro, y me guiña un ojo, como si mis palabras le divirtieran.

Troy no habla mucho. No habla nada. Las entrevistas siempre las hacen el resto del equipo. Nunca lo he visto hablar en un programa o cuando la prensa los acosa. Se sube al escenario y canta, con una voz sexi a rabiar que, para mí, no explota su potencial con esos temas tan comerciales, y que poco hablan de emociones.

Tomo aire y decido que esto no me importa. Si lo miran a él, nadie reparará en mí.

El profesor entra y la gente deja de observar a Troy, y se centran en la clase.

Saco mis cosas y Troy me coge la libreta, y varios bolis.

—¿En serio? —Alza una ceja y me guiña un ojo, descarado—. Me apuesto lo que quieras a que tienes dinero para comprarte todo esto.

Lo deja en sus manos y me insta a que se lo quite.

Puedo cogerlo. No es tan difícil, pero la respiración se me acelera.

Acerco mi mano hasta su palma, y trago con dificultad, mientras me repito que solo es una mano. Estoy a punto de tocarlo, puedo sentir la electricidad pasar de su mano a la mía.

Acerco los dedos y los pongo en su mano. Lo miro a los ojos. No parece feliz. Está tenso. Como yo. Parecemos un espejo que transmite lo que ve el otro.

Tomo aire, huele a menta. Le encantan los caramelos de menta. A mí me encantaba verlos moverlos en su boca, en las entrevistas. Me imaginaba lamiendo el contorno de sus labios, donde el azúcar había dejado su esencia...

«¡Para!». Aparto la mano.

—Solo por esta vez.

—En el fondo, te mueres por tocarme —susurra cerca de mi oído y noto cómo tiemblo.

Mi cuerpo reacciona a él, contra mi voluntad.

—Muy en el fondo. —Lo miro de reajo y está sonriendo de forma descarada.

Lo hace, hasta que la chica que está sentada delante intenta tocarlo, y Troy se aparta, fulminándola con la mirada.

¿Es posible que no le guste tampoco tocar a la gente? Es raro, pero más que no le guste hablar. Los famosos son muy excéntricos. A saber.

Lo miro de reajo, mientras toma nota. Su letra es perfecta y muy masculina.

Tomo mis propios apuntes, aunque en esta clase no nos cuentan mucho. Solo lo que nos vamos a encontrar en este curso.

Al acabar la clase, Troy se va con mis bolis.

«Idiota».

La gente va tras él y, aunque parece que no le gusta que le toquen, la gente le tira de la camiseta y lo acorralan. Una hasta le toca el culo, descarada, y luego se gira para contarle, como si el hacerlo fuera un éxito.

Siento asco y me pregunto si yo me hubiera comportado de esa forma. Quiero creer que nunca habría valido todo, con tal de tocar a Troy Harris.

Voy a la siguiente clase y me siento de nuevo al fondo.

Al poco llega Troy y se acomoda a mi izquierda. Lo hace, tras pasar por varias mujeres que, cómo no, lo han tratado de acorralar.

Como hay otra mesa a nuestro lado, la quita, para que nadie pueda sentarse, pero parece que yo no lo molesto tanto. Tal vez, porque no me impresiona lo bueno que está, ni lo bien que huele...

Le doy un papel para evitar que me lo quite, y pone en una esquina un gracias.

Bueno, es un capullo agradecido.

La clase empieza y me cansa que la gente se gire para mirarnos.

Busco mis cascos y me los pongo, tapándolos con el pelo.

No escucho al profesor, pero ahora mismo necesito dejar de sentirme observada, porque me trae amargos recuerdos.

—Mírala, cara de niña buena, pero es una guarra...

Tomo aire, para alejar los malos pensamientos. Esos recuerdos que me oprimen el pecho.

Alguien me pincha el brazo con un boli.

Me giro y veo a Troy. Sonríe, mientras el boli me pinta la piel. Luego, se acerca y me quita un casco. Lo hace sin tocarme. Pone mala cara, cuando escucha el tipo de música que me gusta. Es electrónica. En sus compases, encontré paz, a pesar del ruido. Tal vez, porque así no escucho las voces de mi cabeza.

Troy se queda el casco.

La música suena en el otro, y escucho la clase de fondo.

La gente no deja de mirarnos, pero esta vez no duele tanto. Ya ha pasado mi ataque de pánico.

Saca un par de caramelos del bolsillo y me da uno.

Lo cojo sin tocarlo y lo meto en mi boca. Es menta suave.

Lo miro de reajo, disfrutar del dulce. Siempre lo muerde, a diferencia de mí, que me gusta que se deshaga en mi boca, hasta que no queda nada.

Tomo notas, como puedo, mientras Troy da golpecitos en la mesa con sus dedos. Lleva varios anillos y pulseras de cuero. También tiene un collar colgado, que es una púa de guitarra. No lleva pendientes, pero sí muchos tatuajes por el cuerpo.

Se gira y me mira intensamente. Sus ojos prometen peligro...

Hay algo oscuro en ellos; algo peligroso, que me debería hacer salir corriendo. No lo hago. Sigo aquí atraída por esa oscuridad, como no me he sentido atraída por nada en estos últimos meses. Es como si quisiera perderme en ella, con él.

Troy Harris es muy peligroso.

Al acabar la clase, deja el casco en la mesa y se marcha.

No lo veo en las siguientes. Ni tampoco a mis bolis. Se los debe haber quedado como premio.

Por suerte, soy *fan* de las cosas de papelería y tengo bolígrafos de muchos colores y tipos.

Primer día acabado.

Me suena el móvil. Lo saco, y es un número que no conozco.

—Hola, soy Betty, del grupo de pódcast. Es para decirte que has sido seleccionada. —Pienso que era algo evidente, porque no había muchos candidatos—. ¿Sigues interesada?

—Sí, claro.

Noto alivio en su voz, cuando me dice dónde encontrarlos, y que mañana por la tarde hay una reunión del equipo, a las seis.

Anoto todo y voy a por algo de comer.

Al volver a mi habitación, uno de los de seguridad de Troy me tiende un paquete de bolígrafos, como los que me ha cogido este.

—Gracias.

Solo asiente. Hablan tan poco como Troy, y tal vez sea porque son sus guardaespaldas.

Entro en mi cuarto y guardo los bolis. Es un detalle, pero no sé por qué no me ha devuelto los míos sin más.

Miro mi brazo, donde me ha pintado esta mañana, y, al fijarme, compruebo que es un caracol.

No, solo es casualidad. Él tiene este símbolo tras la oreja. Es

como una espiral, o la cáscara de un caracol. Yo siempre creí que era lo segundo, aunque no está cerrado.

Tras la oreja tiene este símbolo, que casi no se ve.

Empiezo a pensar que no fue casualidad que me dibujara eso.

Para hablar poco, se expresa muy bien.

Hago algo estúpido, que hubiera hecho mi yo de hace un año. Cojo una toallita y la humedezco, para que la tinta traspase la tela. Cuando la retiro, está ahí, y me siento tonta por hacer esto.

Termino por dejarla olvidada en un cajón y me borro la marca.